

DULCE ANOCHECER

Siempre pensé que tenía alma. Su plaza porticada nos abrazaba y el Arga nos protegía acariciándonos con su suave murmullo.

El taxi me dejó en la plaza, testigo de mis correrías infantiles. Lucía preciosa, limpia, serena.

Necesitaba ese abrazo, esa paz que sólo allí pude sentir. Respirar los aromas de mi amanecer. Saborear cada segundo de este reencuentro.

Unos niños se concentraban en un rincón jugando a las canicas. Me prometí buscar mi colección. Estarán en el desván, con mis cromos del Osasuna. Ah, y con las cartas de amor que escribí a Carmen y que nunca me atreví a mandar. ¿Estará todavía aquí? La buscaré. Y se las entregaré, por fin.

Al cabo, las deliciosas callejuelas me guiaron hacia mi viejo hogar, mi nueva vida, mi ineludible atardecer.

Volvía a Lárraga, mi pueblo, que nunca debí abandonar.

Donde esperaré la noche y, lo prometo, no saldré jamás.